

El Corredor Mediterráneo

Las ganas de encontrarse.

Río Cuarto / Villa María / San Francisco / Río Tercero

Miércoles 21 de Enero de 2009 - Año 8 N° 317

VILLA MARÍA

Los crotos y linyeras poco a poco van desapareciendo. En el siglo XXI ya no tienen estos personajes de las vías, el mismo significado que en las pampas de antaño.

Crotos y Linyeras

(Segunda Parte)



RAZA INDEFINIDA
Víctor Oscar Maldonado
cuento

POESIA JUVENIL
jóvenes riocuartenses
Río Cuarto

Págs. 2 y 3

ENANO
cuento

Javier Rincón
Río Tercero

Pág. 4

Escribe: Dr. José Argarate

En el número anterior, se reseñaba los antecedentes históricos de estos singulares vagabundos. En la segunda parte se analizan algunas personalidades de este espíritu nómada que en los primeros años del siglo XX, atravesó la extensa geografía nacional.

Ángel Borda fue un intelectual y líder de crotos. Nació en Entre Ríos y comenzó su vida linyera a los 14 años. Hizo mil oficios, estuvo preso por la muerte de un hombre en una pelea a cuchillo; fue castigado con cepo, grillete y barra. Participó de las luchas obreras de La

Forestal en el chaco santafesino. Fundó sindicatos, creó clubes deportivos, bibliotecas, periódicos comarcales, conjuntos filodramáticos en remotas poblaciones rurales. Escribió el libro "Perfil de un libertario". Hacía esculturas con las raíces de árboles. Ana Poliak hizo una película "Que vivan los crotos" donde relata su historia. Su esposa y compañera por la revolución social, Libertad, colaboró con el texto de la película.

Proudhon acuñó la frase "la propiedad es un robo". Osvaldo Bayer, ese notable escritor, en su

libro "Los anarquistas expropiadores" relata en forma brillante la vida de estos personajes, y muy especialmente a Severino Di Giovanni, Miguel Arcángel Roscingna y el criollo Emilio Uriondo, entre otros.

La valentía y el arte del cuchillo eran moneda corriente, especialmente entre los estibadores; "Canchar" era la práctica y lo hacían con la mano, la alpargata, un palito o el cuchillo envainado. En sus bagayos eran infaltables las tres marías: yerba, galleta y carne.

Algunos hacían una cooperativa de trabajo, donde se dividían trabajo y ganancias por partes iguales; el dinero se guardaba en una lata, a veces alguien "metía la mano en la lata". No era común el robo entre crotos; tenían sus códigos que eran respetados.

Había crotos que hacían gala de caminar sobre los vagones en marcha, y aún de dormir sobre los mismos. El loco del Yo-Yo, hacía demostraciones de su arte y saludando a la gente de los campos, sin advertir que un puente bajo atravesaba las vías. Su cabeza sola, quedó mirando a la lontananza.



Crotos y Linyeras

Los que trabajaban en las estibas, especialmente los más jóvenes y más vigorosos, hacían demostraciones de fuerza y destreza. Las bolsas de granos pesaban entre 70 y 80 kgs; las estibas tenían una altura de 24 bolsas. Se las tiraban y las recibían con una sola mano y la acomodaban sobre sus hombros; la otra mano se afirmaba en la cintura y subían las planchadas al trote. Apostaban por quien lo hacía más rápido. Eran los mejores pagos y los que mejores ropas llevaban, generalmente eran hábiles en las peleas y en el manejo del cuchillo.

En Jacinto Arauz, un pueblo ubicado en el linde la provincia de Buenos Aires y La Pampa, el 9 de diciembre de 1921, al término del primer gobierno de Irigoyen, se produjo un hecho inédito en el sindicalismo. Convergieron las condiciones de vida de trabajo en el campo, el grado de educación de la peonada, la influencia de las ideas anarquistas; a través de la FORA (Federación obrera rural argentina) que se enfrentaban al poder de la oligarquía terrateniente y sus cuerpos de represión. Entre estos grupos de choque estaba la Liga Patriótica Argentina, liderada por Manuel Carlés, que contaba con obreros rompehuelgas, a los que se les llamaba “crumiros”. A él pertenece la famosa frase “de casa al trabajo y del trabajo a casa” como amenaza a los sindicalistas anarquistas que solían reunirse tras la jornada laboral.

El conflicto se inicia cuando es remplazado el capataz designado por los obreros, quien no cobraba impuestos ni hacía discriminación, como lo hacían los capataces puestos por los patrones. La policía rodea los galpones apostando tiradores con winchesters, y adentro la peonada armada con lo que tenía a mano; la situación estaba al rojo vivo; cuando por orden política, se los invita a los dirigentes a parlamentar en la comisaría, indicándosele que fueran desarmados. Aceptan la invitación, pero algunos no se desprenden de sus facas o de sus colts; al llegar se dan cuenta de que es una trampa y una encerrona. Comienza la paliza por parte de la policía y el comisario

mata de un balazo de Winchester en el cuello a un obrero. Los estibadores son como leones acorralados, la lucha es feroz y total; hay muertos y heridos; y a pesar que la policía los doblaba en cantidad, la comisaría es tomada. A pesar de ello los trabajadores deben abandonar el pueblo porque comienzan a llegar refuerzos policiales desde toda la provincia.

Los versos de Martín Fierro se hacen realidad: “Mi gloria es vivir tan libre, como el pájaro en el cielo, no hacer nido en este suelo donde hay tanto sufrir, y naides me ha de seguir cuando yo remonte vuelo.”

A partir del año 1930, con la industrialización del campo, especialmente con las máquinas trilladoras, disminuye la mano de obra.

El triunfo del golpe de Uriburu acentuó la represión y la prohibición de que crotos y linyeras viajaran en trenes de carga. La ley de Residencia permitía expulsar a los trabajadores extranjeros. Y si esto no alcanzaba, se aplicaba la Ley Bazán, que consistía en fusilar a los obreros y fondearlos en el Río de La Plata. En 1946 este comisario es nombrado Sub-jefe de la Policía Federal por Perón, posteriormente trasladado a la diplomacia.

Los crotos y linyeras poco a poco van desapareciendo. En el siglo XXI ya no tienen estos personajes de las vías, el mismo significado que en las pampas de antaño.

En la ciudad el linyera está solo, tirado en el piso, apesta; los únicos que se le arriman son los perros o gatos con quienes comparte la comida. Se animaliza o psicotiza, el vino lo evade y los profundiza en el camino sin retorno de la locura.

Los crotos y linyeras anarquistas fueron como las golondrinas que llegaron y se fueron; hoy andarán volando con sus sueños de libertad, de luchas o de utopías, o tal vez subidos a un tren de carga eterno, camino al país de la cucaña.

cuento

RAZA INDEFINIDA

RÍO CUARTO

Víctor Oscar Maldonado

vom007@hotmail.com



Es un perro de raza indefinida ese que se cruza conmigo a la vuelta de la esquina. Un perro cualquiera, como cualquier perro de la calle, de actitud entre pulgosa e indiferente. Pero hay algo en él que en seguida llama la atención: mientras que su ojo izquierdo es marrón, su ojo derecho es de un blanco tridimensional, casi cerámico.

Me pregunto cómo percibe ese perro a las personas que vamos y venimos por la ciudad como bolas de billar, movidas a palazos de un extremo a otro, de un punto al siguiente, rebotando contra paredes invisibles, una y otra vez, todos los días. Quizá su realidad (la realidad percibida simplemente como phenomena) es mitad marrón y mitad blanca, tal como uno de sus ojos es marrón y el otro blanco, y de esa manera le parecemos seres a rayas, hechos de un único trazo bicolor; o bien, por alguna razón inédita, su cerebro es capaz de mezclar los tintes y percibe al mundo y sus protagonistas en un simplón color beige.

Si esto así es, me digo, es posible que nuestros pasos apurados, nuestros rostros congestionados e insatisfechos, nuestras jorobas y callos, conformen para él un indivisible paisaje de pasta de caramelo, un universo aburrido, hecho de un único y pegajoso color, poco digno de su canina consideración.

Debe de ser así, me convengo, porque pasa a mi lado y sigue de largo con la actitud entre cansada y activa de quien sortea la intrascendencia, en busca de un hueso escondido en una plaza o de una sabrosa compañera de mazapán.

Poesía Juvenil

RÍO CUARTO

Poema de Facundo Lucero (16 años),
curra el cuarto año de la Escuela Santa Eufrasia,
Río Cuarto.

Es que tu belleza me obliga
A hablar en susurro
Sin gesticular demasiado en tu presencia
Para evitar que un fuego
Me quemé por dentro
Al respirar por la boca
El olor glacial de tu piel
¿Es que eres un gafe
o solo el mismo demonio
que tomó la forma humana de mujer?
Si no explícame
Lo de la otra vez
Parecía oligofrénico
Mirando de revés
Tu falda corta
Mientras escribías la historia
De una dama
Y su carrusel
Es que fue ese momento en que me enteré
De quién eras
Cuando volteaste hacia mí
Y en el enorme esfuerzo de no corromper
A la avidez...
Me atraganté con un pez...

Poema de Clarisa De Lelis (18 años), es fanática de la
música y la poesía de Pedro Aznar, con quien hace tiempo
mantiene un vínculo vía e-mail.

Que las fotos sean sepia o blanco y negro
No implica que los ojos se te vean desde lejos.
Que la mirada sea fría, no significa que estés en sepia
O blanco y negro.
¿Acaso qué significa que salga la foto velada?
¿No es verdad que el camino de impresión vacía las
ansias?

Que estas fotos sean blanco y negro
Le da una dosis de nostalgia a tu perfil
Que modifico como quiero junto al lente
Que no me perdona imperfecciones.
Que estas fotos sean en sepia
¿Significa que cualquier explosión floral
Puede seguir siéndolo en gamas marrones?
¿O realidad solamente te vuelve de pasados soñados...?

¿Cómo puede ser que me vea tras un cuadrado analógico!
Y que presionando un botón de velocidades inconcebidas
Te vuelva eterno,
Joven, indestructible, de sueños nuevos...
Te hurgué en detalle y te plasmé cuanto mas desee,
En sepia, o en blanco y negro,
Con los ojos miel, o con los ojos desde lejos...

Poema de Marcos Pereyra, guitarrista de 19 años, se acer-
ca a la poesía a través del rock argentino de la década del
70.

Esferas
(a Mamá)

La luna abrió su paso lento, y el impulso de su sed durmió.
Espera, en su inocencia, muertos; a la sombra, el pájaro y
el sol.

La sombra enturbia su agua dulce (maremoto interior) y el
cruce de su estrella rompe el cielo. Oscureció.

El pájaro, por su parte, vuela sobre el cielo y la oscuridad
que lo cegaba; al ver su endeble risa y plumas libres hacia
el sol... lo estrelló.

El sol, en su sitio apaciguado, no molesta... mas detesta
este mundo sin color. De dolor... Hoy el día ya no es día
por lascivias... y el invierno es más frío. Se va el sol.

La luz, la libertad y el desamor, son esferas de este gran
árbol despojado de vida.
Y la luna, sonriente, abre la noche en tus ojos. Los de
ver...
Nuestra vida no es más vida al no tenerte... y nuestro
arbolito, en su maceta, no escupe la sabia... no te preocu-
pes, criatura, no seas oscuridad... Sé luz.

CUENTO DE JAVIER RINCÓN *

ENANO

Benjamín y yo somos mejores amigos. Vivimos al lado y compartimos una tapia alta, cubierta de enredaderas espesas de gruesos troncos y ramas por donde nos trepamos por las tardes para buscarnos e irnos a jugar al campito de la esquina o al fondo de su casa. Es un maestro el Benja con la pelota. Yo, no tanto. Pero no es lo único que nos pone iguales, porque entre Benja y yo hay diferencias...

Cuando voy a la escuela, uso guardapolvo. Benjamín, uniforme. Mi papá y mi mamá tienen trabajos distintos a los papás de Benja. Los míos van de un lado para el otro, enseñando a armar huertas, leer y escribir y, de paso, hablarles de un "cambio". Hay un cura que va con ellos también. Tipo gracioso que mete los pies en el barro y no le molesta. Hasta chapotea, a veces. Los padres de Benja, no. El papá usa traje y corbata. La mamá, un guardapolvo más cortito que el mío porque trabaja en una clínica, en otra ciudad.

Los fines de semana, cuando no hay mucha luz y los vecinos no preguntan ni se asoman por la ventana, mi casa se llena de gente. Al único que conozco es al tío Luis. Que tampoco es mi tío, pero la costumbre me llevó a llamarlo así. El resto va y viene. Nerviosos, van y vienen y a cada rato me hacen un gesto como de "callate, vos no me viste", como si fuera tonto y no supiera que hay cosas que no se dicen, que no se tienen que contar.

Mi casa tiene una habitación que existe, pero que no. Hay una máquina adentro: enorme, pesada, gris. Toda gris. Y muchos papeles. Y una bandera roja y otra blanca con letras que no alcanzo a distinguir. El padre de Benjamín tiene otra máquina. Bah, en realidad, muchas. Construye objetos con hierro como gallitos y otros animales para poner en los techos y así saber de dónde viene el viento.

Esa máquina, la del papá de Benja, hace un ruido impresionante. La máquina de papá, no. Será porque está escondida. No saca chispas ni fabrica gallitos... tira papeles escritos que desaparecen rápido y a la otra semana, dale que va. No sé de dónde sacan tantas hojas. La otra noche, llegó el tío Luis con una camioneta vieja y los puso debajo de una lona enorme y pesada. Eso lo hace una vez por semana. Vino con dos personas más que no conocía. Uno tenía los ojos como lechuza.

Mi mamá espera un hermanito. O hermanita. No sé. La pancita de mamá es chiquitita. Todo el cuerpo de ella lo es. Debe ser por eso que a mí me dicen "enano" a cada rato. Benja no tiene otros hermanos. Dice que es mejor porque así no tiene que compartir los juguetes con nadie. Únicamente conmigo.

Nosotros no tenemos televisor. Sí, un aparato enorme desde donde llegan voces lejanas y entrecortadas. Benjamín, sí. Ahí vi el mundial de fútbol. Ese en el que ganamos contra los Gigantes de Naranja (así les decía el papá de Benja que a cada gol se ponía rojo, rojo, rojo). Esa tarde salimos a festejar. Mi papá no pudo ir. Estaba triste. Me contó que el tío Luis se había ido con unos señores porque se enteraron que no quería a los militares. Yo quise preguntar pero estaba triste.

Quise que viniera con nosotros. Se lo pedí. El papá de Benja me había comprado una banderita y todo. Pero papá últimamente no salía mucho de casa. Mamá tampoco. Papá se había encaprichado, después de lo del tío, en hacer un pozo en el patio para enterrar libros y otras cosas envueltas en nylon. En fin... Salimos a festejar y en medio del griterío, Benja me regaló un gauchito con la camiseta de la selección que tenía bajo su pie una pelota de fútbol.

Meses después, todo se volvió más raro en casa. Papá caminaba de un lado para el otro. Mamá tenía la pancita que no era pancita sino una panza en punta. Ella no paraba de llorar así que por las noches me cruzaba hasta la cama grande y acariciaba a mi hermanita o hermanito y le contaba cuentos o le cantaba despacito hasta quedarme dormido. Canciones que inventaba. Cuentos que se me ocurrían.

Una mañana me levanté y la casa ya no era mi casa. No estaban más las fotos familiares y la puerta que daba a la máquina tira papeles estaba tapada con un mueble. La huerta del patio había desaparecido. Las persianas, cerradas y papá corriéndolas con mucho cuidado para ver hacia fuera. Mamá se restregaba las manos. Ni la leche me hacía ya.

Yo salí al patio. Levanté la vista. El cielo estaba gris, a punto de llover. Primero una gota, pesada, que rebotó en mi frente y se deshizo hasta la punta de la nariz. Después otra y otra. Saqué la lengua. Quería probar si las gotas eran tan saladas como las perlitas de los ojos azules de mamá.

Estaba yo en el patio, lengua afuera, ojos cerrados, cuando escuché el chirrido del freno de un auto. Puertas que se abrieron y cerraron. Gritos desde cualquier dirección que me animaron a trepar por la enredadera y ver lo que estaba pasando detrás de las ramas, las hojas y la oscuridad. Ver que las farolas de la vereda iluminaban esa tarde un auto largo y verde. Ver a tres hombres apurados gritando palabras que no entendía. Ver a esos hombres dentro de mi casa, diciéndole "zurda" a mamá cuando yo sabía bien que escribía con la derecha.

Sentí un tirón hacia abajo y una mano que me tapó la boca. El papá de Benja y Benja por detrás. Me pidió que no hablara, que nada de nada y yo me quedé así, como piedra. Entramos.

El papá de Benja se encerró en la cocina a hablar con su mujer. Benja y yo, en su habitación. Me miraba desde sus ojos grandotes como luna. Benja me miraba y yo ahí, todo pollito mojado. Ni me di cuenta cuando me quedé dormido.

Abrí los ojos y lo primero fue ver una ruta larga, larga, larga. Manejaba el papá de Benja. Benja estaba a mi lado y su mamá, con un papelito amarillo en la mano que se movía por el viento que entraba por la ventanilla. Ese papelito amarillo; el mismo que papá le había dado días atrás al papá de Benja. Yo lo vi. El papá de Benja lo recibió y con la cabeza decía no, no, no y por primera vez descubrí que mi papá podía llorar.

El auto se estacionó frente a una casa que encontré conocida. La verja que ahora estaba descolorida tenía todavía cáscaras de pintura gris. La puerta se abrió y casi corriendo, salió la mamá de mi mamá, esa mujer de la cual casi ni me acordaba cómo era su cara. Me encerró entre sus brazos. Lloró mucho, mi abuela. La mamá de mi mamá.

Benja no se bajo del auto. Apoyó su mano contra el vidrio y yo hice lo mismo. Ninguno dijo nada, ni una palabra. Él sólo me regaló su pelota, pero de hablar... nada. A mí me ardía la garganta y me picaban los ojos. Sobre todo cuando Benja se fue. Todavía conservo la pelota porque meses pasaron y los años también y yo estoy ahí todavía, en la casa con la verja descolorida, en la casa de la mamá de mi mamá. Me pregunto qué habrá sido de la panza. Si habrá sido un hermanito o hermanita y dónde estará. Cuando tenga edad suficiente voy a buscar. Cuando tenga edad suficiente, voy a entender.

A veces, la acompaño hasta una plaza inmensa. Antes de salir hace siempre lo mismo: se coloca un pañuelo blanco en la cabeza que le tapa las canas y la ayuda a cargar un cartelón grande, inmenso, más pesado que yo que tiene pegada una foto de mi mamá. Jovencita ella pero con los mismos ojos chiquitos y dulces.

Cada vez que la veo, cada vez —entre el traqueo del tren— la miro y parece decirme desde su sonrisa: "Estamos bien...ya vamos a estar juntos...ya vamos a aparecer..."

*Escritor riotercerense

PUNTAL

PUNTAL
Villa María

LA VOZ
DE SAN JUSTO

Tribuna
El diario de todos



Quienes deseen colaborar con esta publicación, pueden enviar sus trabajos, o consultar en las siguientes municipalidades:

<p>Municipalidad de la Ciudad de Río Cuarto. Subsecretaría de Cultura. Constitución 945 PA tel.0358 - 4671206/207 myrnamedeot@arnet.com.ar</p>	<p>Municipalidad de la Ciudad de Villa María Bv. Sarmiento y San Martín tel. 0353 4527092 rubenruedi@hotmail.com</p>	<p>Dirección General de Cultura y Educación de la Ciudad de San Francisco Av. Hipólito Yrigoyen 21 Tel 03564-439157/8 ivonne_balangione@yahoo.com.ar</p>	<p>Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Río Tercero Casa de La Cultura Villa Elisa Tel.:03571-422150 malvina.furlani@riotercero.gov.ar</p>	<p>Equipo Editorial Myrna Medeot, Diego Formía, Normand Argarate, Virginia Otero, Analia Maschio. Diseño: Ana Lía Alonso Fotos: Susana Menossi</p>
--	--	--	--	--